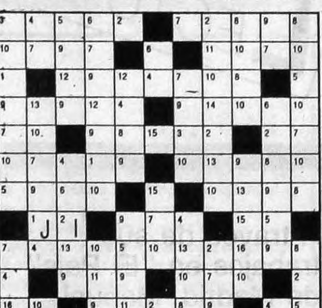
CRUCIGRAMA EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.



SOLUCION VIERNES

■	L	E	N	T	O	■	R	A	M	O
A	■	D	A	R	■	P	O	L	E	N
G	R	I	T	O	■	O	L	A	S	■
R	■	L	U	P	A	S	■	R	E	S
A	T	■	R	A	B	E	L	■	T	A
D	U	R	A	■	A	■	U	V	A	L
A	L	■	L	A	T	I	N	■	S	E
R	I	N	■	M	E	T	A	L	■	R
■	P	E	L	O	■	A	R	I	D	O
C	A	V	A	R	■	L	E	S	■	S
U	N	O	S	■	C	O	S	A	N	■

DE RODAS A CRETA

Página/2/3



Verano/12



SABADO AL MEDIODIA

(Por Alberto Fuguet) Es sábado al mediodía y hace un calor que empapa. El hipermercado Jumbo está repleto, no hay donde estacionar, los pasillos están repletos de coches llenos de mercadería y la cola en la sección carne es de nunca acabar. Como está de aniversario, hay una plaga de promotoras y la gente se amontona alrededor de ellas tratando de conseguir un aperitivo gratis.

Caminando lentamente entre medio de las conservas y de los aceites está ella. Ya ha tomado un martini, un whisky, un jerez y un vaso de vino blanco. Está sola y sin carro. Tiene las piernas hinchadas y se ve aburrida. Dobla a la derecha por los lácteos y se alisa su elegante guardapolvo de lanilla verdeoliva. Es rellenita y tiene un peinado fresco de peluquería. Se nota altiva y con roce, y el collar de perlas le da un look sobrio. Debe tener por lo menos sesenta y no caben dudas de que, en su mejor época, fue buenamoza. Aún lo es, pero posee un aire de desencanto que la avejenta. Arrugas casi no tiene y las mejillas se le han coloreado con el trago.

Se detiene en los fideos y ve que al final del pasillo se está juntando gente. Comienza a sonar una música circense, entretenida. Avanza con prisa y las ceras y las toallas pasan rápidamente por su retina. Llega a su destino y ve una especie de carnaval. Es la rotonda central y está llena de niños. Hay globos, letreros y una pequeña orquesta: un órgano electrónico, una trompeta, una batería. La gente se ve contenta y un tipo le entrega dulces a los niños. Ella mira atenta y comienza a llevar el ritmo con el pie.

Detrás de las verduras se abre una puerta y sale un elefante gordito, una zanahoria puntuda, un chanchito rosado, un azulino pez espada y una botella de leche. Marchan en fila y se bambolean de lado a lado. Parecen enanitos y los trajes de goma se ven tan espumosos que dan ganas de apretarlos. Toman el pasillo de los chocolates y desembocan en la pérgola, donde los niños los esperan. Se escuchan aplausos y los monos comienzan a valsear con los niñitos. Los padres gozan y el manager mira complacido. Todo marcha bien. Es como un Disneylandia casero. Ella también sonríe y comienza a menearse sola. Zapatea y oscila la cabeza con gracia. La zanahoria salta y salta y el pez espada da vueltas como si fuera un trompo.

Las marchas se transforman en un samba y el recinto entero se pone tropical. Ella se ha deslizado y ahora está al centro del círculo formado por los niños. Baila con fervor. Los monos la miran extrañados, pero siguen danzando y ella hace una especie de charleston: levanta los pies, alza los brazos, se mueve entera. La cartera la ha tirado al suelo. La gente empieza a dejar los carros solos para ir a mirar. Ella está saltando y tiene el collar en la mano. Se lo pasa sensualmente por detrás del cuello y lo hace girar como si fuera a lanzarlo lejos. Sus caderas se tuercen como un twist a gran velocidad y de su boca salen carcajadas. Cierra los ojos como para hacerse la diva. Es un verdadero torbellino y está sudando.

A estas alturas medio supermercado, incluidos los que cargan los paquetes, está atento. Nadie habla. Apenas se atreven a mirar. Los niños han vuelto donde sus padres, y los monos se mueven con menos energía. Los sambas pasan a ser rocanroles y ella agarra vuelo y comienza a mover los hombros y a acercarse a los caballeros y a guiñarles el ojo. Está feliz y baila con todo el brío que le permite su peso. La botella de leche está quieta, observándola, pero ella le pesca una mano y comienzan a ejecutar otro rocanrol con giros, abrazos, swings, manos en el aire. La botella la tira lejos y casi se tropieza. Por poco vuelca un estante de pescado en lata, pero logra recuperar su equilibrio y sigue con mayor cuerda que antes. La gente se mete la mano en los bolsillos y mira la hora.

Un supervisor le hace seña a la orquesta para que pare. Ella sigue moviéndose en silencio hasta que su cuerpo se detiene solo. Camina unos pasos y le dice algo al organista. La gente comienza a marcharse y la rotonda queda vacía. Comienza a sonar un tango y ella se acerca al elefante y lo abraza. Le agarra una mano, le coloca el otro brazo en su cintura, pone su trompa alrededor de su tirante cuello y comienzan a bailar un tango lentamente. Están solos los dos y avanzan paso a paso hasta las bebidas, dan media vuelta y retroceden. El elefante la detiene y la mira. Ella le esboza una sonrisa. La música se acaba. Ella la abraza aún más fuerte, haciéndola desaparecer entre la goma gris. Le recoge la cartera y se la pasa. Ella le toma la mano y avanzan por el pasillo de los dulces, doblando por los cereales, desapareciendo detrás de las longanizas.





A través de sus trabajos en "El País" de Madrid, Manuel Vicent resulta conocido en las páginas de **Página/12**. Quizá sea uno de los mejores escritores españoles posteriores a la transición. Las crónicas de Vicent sobre vida cotidiana y los relatos de viajes y personajes han servido luego como material de base para distintos libros. "Inventario de otoño", "No pongas tus sucias manos sobre Mozart", y una novela, "Caín".

DE RODAS A CR

Por Manuel Vicent

Conocí Rodas por primera vez un otoño, cuando las parras eran rojas y los gatos dormían encima de las motocicletas,y el rebuzno de los asnos llegaba por el silencio de las callejuelas hasta lo alto de la fortaleza del Gran Maestre. Las cabras también estaban encaramadas en la muralla. Los viejos tomaban un sol amoroso, ése que ya no tiene moscas, en la rotonda de la pescadería donde un pope y tres fieles ortodoxos jugaban al tute con naipes húmedos de anís. Los restaurantes, tabernas y hoteles habían cerrado; las farolas habían sido cubiertas con plásticos para el invernaje, y el sonido de las barcas de pesca que entraban en el puerto de Madraki hacía vibrar el aire extasiado. Sólo quedaba en la isla alguna dama madura, de tipo anglosajón, a cargo del *macarra* de guardia, y profesores inciertos en año sabático, que podían ser igualmente los criminales más buscados en su país de origen. Entonces imaginé el espectáculo de esta isla en verano: las oleadas de carne que vendrían a asarse en esta parrilla acarreadas en vuelos de agencia. Aquí están. Rodas tiene ahora el paisaje de los cuerpos.

A mitad de la travesía por el Egeo, uno se encuentra ya empachado de dioses, de modo que agradece arribar a una tierra donde no queda ni uno. En Rodas hubo miles de estatuas, y la más famosa fue el Coloso, de cuyo bronce caído salieron las mejores cacerolas del Mediterráneo, pero todo eso se lo llevó el ventilador de la historia. Rodas es una isla laica ahora. Sus restos son medievales y además han sido restaurados por los italianos como un decorado para una función de caballeros de San Juan. El barco ha llegado al amanecer y el orden del día consistía en ir de excursión a Lindos y visitar el valle de las mariposas. Me he quedado en la ciudad. Y en ella me he dejado llevar por las sandalias, las cuales, en primer lugar, me han conducido al pie de las columnas de la bocana del puerto, que contienen los famosos gamos en el capitel. Allí me he echado un poco de agua en el pescuezo con una cantimplora, para bautizarme una vez más como explorador de segunda, y a continuación he vuelto a recorrer el circuito que conduce por la empedrada calle de los Caballeros hasta los paredones del palacio. A la sombra de un pino que emerge del patio medieval contemplo Rodas con el trajín de las barcas. Si cierro los ojos, una luz de cal me traspasa los párpados,pero eso no me impide pensar en los azules caminos del mar. Por esta isla han pasado todos. Primero fueron los extraterrestres; luego, los monos, seguidos de los descendientes de Adán. Hubo un desfile de fenicios, aqueos, dorios, helenos, romanos, godos, árabes, genoveses, catalanes, venecianos, otomanos, italianos, griegos actuales, y ahora, de nuevo, Rodas está en poder de los extraterrestres, que son esas bandadas de rubios en pantalón corto con el petate plegado dentro de un macuto en la espalda. Lo devoran todo, se alimentan de ruinas, duermen en la vertical de su cansancio con los ojos en llamas, trepan por las escalinatas, van dejando un hedor a zapatilla podrida, pero les salva la propia soledad. La verdadera plaga moderna está constituida por los turistas de agencia. Es uno de los grados inferiores a la dignidad humana. Pero no hay que ser demasiado exigentes. Cicerón también vino a esta isla a veranear. Llegó con un grupo de patricios conducido por una guía que le explicó vaguedades acerca de los dioses indígenas.

En Rodas, las playas están abarrotadas con la carne más hermosa de Escandinavia, y sobre esa extensión de cuerpos desnudos creo escuchar un salmo de tinieblas. Me pierdo por los vericuetos de la parte antigua, donde hay menestrales trabajando en pequeños talleres y huele a tahona. Los perros duermen a la sombra de los tenderetes de postales y recuerdos, las chicharras cantan, dentro de los sacos ronca al sol una ristra de



DE RODAS A CRETA



A través de sus trabajos en "El País" de Madrid, Manuel Vicent resulta conocido en las páginas de Página/12. Quizá sea uno de los mejores escritores españoles posteriores a la transición. Las crónicas de Vicent sobre vida cotidiana y los relatos de viajes y personajes han servido luego como material de base para distintos libros. "Inventario de otoño", "No pongas tus sucias manos sobre Mozart", y una novela, "Caín".

Por Manuel Vicent

Conocí Rodas por primera vez un otoño, cuando las parras eran rojas y los gatos dormían encima de las motocicletas,y el rebuzno de los asnos llegaba por el silencio de las callejuelas hasta lo alto de la fortaleza del Gran Maestre. Las cabras también estaban encaramadas en la muralla. Los viejos tomaban un sol amoroso, ése que ya no tiene moscas, en la rotonda de la pescadería donde un pope y tres fieles ortodoxos jugaban al tute con naipes húmedos de anís. Los restaurantes, tabernas y hoteles habían cerrado; las farolas habían sido cubiertas con plásticos para el invernaje, y el sonido de las barcas de pesca que entraban en el puerto de Madraki hacía vibrar el aire extasiado. Sólo quedaba en la isla alguna dama madura, de tipo anglosajón, a cargo del *macarra* de guardia, y profesores inciertos en año sabático, que podían ser igualmente los criminales más buscados en su país de origen. Entonces imaginé el espectáculo de esta isla en verano: las oleadas de carne que vendrían a asarse en esta parrilla acarreadas en vuelos de agencia. Aquí están. Rodas tiene ahora el paisaje de los cuerpos.

A mitad de la travesía por el Egeo, uno se encuentra ya empachado de dioses, de modo que agradece arribar a una tierra donde no queda ni uno. En Rodas hubo miles de estatuas, y la más famosa fue el Coloso, de cuyo bronce caído salieron las mejores cacerolas del Mediterráneo, pero todo eso se lo llevó el ventilador de la historia. Rodas es una isla laica ahora. Sus restos son medievales y además han sido restaurados por los italianos como un decorado para una función de caballeros de San Juan. El barco ha llegado al amanecer y el orden del día consistía en ir de excursión a Lindos y visitar el valle de las mariposas. Me he quedado en la ciudad. Y en ella me he dejado llevar por las sandalias, las cuales, en primer lugar, me han conducido al pie de las columnas de la bocana del puerto, que contienen los famosos gamos en el capitel. Allí me he echado un poco de agua en el pescuezo con una cantimplora, para bautizarme una vez más como explorador de segunda, y a continuación he vuelto a recorrer el circuito que conduce por la empedrada calle de los Caballeros hasta los paredones del palacio. A la sombra de un pino que emerge del patio medieval contemplo Rodas con el trajín de las barcas. Si cierro los ojos, una luz de cal me traspasa los párpados,pero eso no me impide pensar en los azules caminos del mar. Por esta isla han pasado todos. Primero fueron los extraterrestres; luego, los monos, seguidos de los descendientes de Adán. Hubo un desfile de fenicios, aqueos, dorios, helenos, romanos, godos, árabes, genoveses, catalanes, venecianos, otomanos, italianos, griegos actuales, y ahora, de nuevo, Rodas está en poder de los extraterrestres, que son esas bandadas de rubios en pantalón corto con el petate plegado dentro de un macuto en la espalda. Lo devoran todo, se alimentan de ruinas, duermen en la vertical de su cansancio con los ojos en llamas, trepan por las escalinatas, van dejando un hedor a zapatilla podrida, pero les salva la propia soledad. La verdadera plaga moderna está constituida por los turistas de agencia. Es uno de los grados inferiores a la dignidad humana. Pero no hay que ser demasiado exigentes. Cicerón también vino a esta isla a veranear. Llegó con un grupo de patricios conducido por una guía que le explicó vaguedades acerca de los dioses indígenas.

En Rodas, las playas están abarrotadas con la carne más hermosa de Escandinavia, y sobre esa extensión de cuerpos desnudos creo escuchar un salmo de tinieblas. Me pierdo por los vericuetos de la parte antigua, donde hay menestrales trabajando en pequeños talleres y huele a tahona. Los perros duermen a la sombra de los tenderetes de postales y recuerdos, las chicharras cantan, dentro de los sacos ronca al sol una ristra de nórdicos, todo el mundo está sudando, el cielo es de fuego. Bajo el emparrado de la taberna de Alexis, en la calle de Sócrates, tomo unas ostras rodeado por un plantel de gatos, y ya no hay más.

Al atardecer, cuando las murallas medievales de Rodas adquieren un dorado de pan candeal, el barco zarpa rumbo a Creta, y en el puente, un hortera de molde reparte a los pasajeros disfraces para la fiesta de esta noche. No creo que haya en el mundo aguas más azules, más deseadas.La travesía de Rodas a Creta es una aspiración de belleza, un sueño de la mente, pero ya no existen trirremes cargados de ánforas vinarias, sino cruceros de placer donde cualquier impostor de la felicidad impone sus gustos. Lo doy todo por bien empleado si puedo volver a ver al príncipe de los lirios en el Museo de Heraclión y el fresco de los delfines en el palacio de Cnossos. Mientras, la noche, el barco navega sobre la sima más profunda del Mediterráneo y sigue la ruta sagrada de aquellos mercaderes que inventaron la libertad, juego al *black jack* con la tigresa de uñas afiladas para interrogar al dios que esté a mano. En la sala de baile, algunos pasajeros saltan en la pista con narices de cartón, vestidos de pachá o de odalisca de Guanajuato. La tigresa me ha limpiado hasta el alma. A cambio de eso, mañana la vida me hará un buen regalo: podré contemplar otra vez aquellas muchachas azules que florecieron en la civilización de Minos.

Palacio de Cnossos

Creta es una isla con cordilleras traspasadas por la luz que desciende del monte Ida, en cuya cúspide danza la ninfa Idea, y su paisaje está lleno de valles con pequeños pueblos entre frutales y limoneros, donde puede verse a un pope cabalgando en dirección a la iglesia, pero la ciudad de Heraclión es un lugar destartalado y el barco ha atracado en este puerto sólo porque a cinco kilómetros de distancia se encuentran los residuos del palacio de Cnossos, asentados sobre el laberinto del Minotauro. Hay que ser muy bello por dentro para merecer estas ruinas. Aquí se creó oficialmente el derecho del hombre a ser feliz. En Cnossos no había murallas, sino diosas de arcilla que exhibían el sexo inflamado.

Sin duda, *mister* Evans, el arqueólogo inglés que afloró estas piedras, era un tipo muy amable. Mandó a plantar pinos y construyó un túnel de bungavillas que dan una sombra violeta. Desde esa sombra admiro las columnas de color sangre con capiteles negros, algunos frescos con vírgenes oferentes y diversas escalinatas, y de pronto me viene a la memoria aquella mañana de primavera, cuando, estando yo en este mismo lugar, se desató una tormenta de carácter olímpico y comenzó a caer granizo entre relámpagos azules en forma de corona. Bajo la oscuridad de las nubes, todas las ruinas del palacio de Cnossos se cubrieron de hielo. Pero la tormenta cesó. Salió otra vez el sol, con gran vigor, y al iluminar el granizo, todo este laberinto brilló como un diamante y fui cegado por un momento, y de aquel esplendor todavía no me he recuperado. Ahora cantan las chicharras, y este valle de viñedo y cipreses, que antes era alvéolo de un río con barcazas llenas de sacerdotes, aún está a merced de mirlos y alondras.

Poco importa que no sea cierto. En Creta nació Zeus, aquí se uncieron los bueyes por primera vez, y en sus restos no se encuentran espadas, ni lanzas, ni bastiones, sino vasos rituales, joyas de oro, tablillas con signos misteriosos e imágenes de deportes sagrados, delfines, fiestas en los jardines, muchachas coronadas de guirnaldas, mancebos jugando al toro. Noventa ciudades había en Creta y ninguna tenía murallas, ya que su poder en el mar era absoluto, y eso permitía a aquellos seres desnudos bajo el sol adorar sólo a la diosa de la fertilidad. Minos era un rey legislador y su paz duró 1000 años.

Esta civilización que fecundó a Micenas, tal vez se constituye en un sueño de perfección. Aquí no existen los héroes de mármol. Todas las grandes batallas se libran en Creta dentro de una vasija de cristal de roca decorada con marfil dorado en el cuello y con un asa de perlas. He vuelto a admirar el sarcófago de Aguia Triada, con sus frescos de ceremonias funerarias;los pájaros azules y los acròbatas taurinos; los jóvenes minoicos de delgada cintura que portaban ritones en las procesiones de primavera; las abejas de oro libando una gota de miel; la famosa parisién sacerdotisa de la diosa de las serpientes; los toros, que eran el símbolo de la fecundidad de la Tierra. En efecto, esta gente parecía muy feliz. Estaba envuelta en perfumes agrestes y colores delicados. Trabajaba sobre materiales domésticos y cabalgaba delfines. Recibía la muerte como una coronación, después de navegar toda la vida en el tráfico de mercancías. Pero de repente todo terminó de forma abrupta. No lejos de Creta, una noche sonó un terrible zambombazo y las entrañas del Egeo se abrieron. El terremoto de Santorini levantó la mar 200 metros. Primero, el volcán cubrió de cenizas este palacio de Cnossos; a continuación llegó la lengua de agua. La civilización de Creta quedó aniquilada para siempre en sólo media hora. La felicidad se fue para abajo. Y desde entonces todavía está en la memoria.

nórdicos, todo el mundo está sudando, el cielo es de fuego. Bajo el emparrado de la taberna de Alexis, en la calle de Sócrates, tomo unas ostras rodeado por un plantel de gatos, y ya no hay más.

Al atardecer, cuando las murallas medievales de Rodas adquieren un dorado de pan candeal, el barco zarpa rumbo a Creta, y en el puente, un hortera de molde reparte a los pasajeros disfraces para la fiesta de esta noche. No creo que haya en el mundo aguas más azules, más deseadas.La travesía de Rodas a Creta es una aspiración de belleza, un sueño de la mente, pero ya no existen trirremes cargados de ánforas vinarias, sino cruceros de placer donde cualquier impostor de la felicidad impone sus gustos. Lo doy todo por bien empleado si puedo volver a ver al príncipe de los lirios en el Museo de Heraclión y el fresco de los delfines en el palacio de Cnossos. Mientras, la noche, el barco navega sobre la sima más profunda del Mediterráneo y sigue la ruta sagrada de aquellos mercaderes que inventaron la libertad, juego al *black jack* con la tigresa de uñas afiladas para interrogar al dios que esté a mano. En la sala de baile, algunos pasajeros saltan en la pista con narices de cartón, vestidos de pachá o de odalisca de Guanajuato. La tigresa me ha limpiado hasta el alma. A cambio de eso, mañana la vida me hará un buen regalo: podré contemplar otra vez aquellas muchachas azules que florecieron en la civilización de Minos.

Palacio de Cnossos

Creta es una isla con cordilleras traspasadas por la luz que desciende del monte Ida, en cuya cúspide danza la ninfa Idea, y su paisaje está lleno de valles con pequeños pueblos entre frutales y limoneros, donde puede verse a un pope cabalgando en dirección a la iglesia, pero la ciudad de Heraclión es un lugar destartalado y el barco ha atracado en este puerto sólo porque a cinco kilómetros de distancia se encuentran los residuos del palacio de Cnossos, asentados sobre el laberinto del Minotauro. Hay que ser muy bello por dentro para merecer estas ruinas. Aquí se creó oficialmente el derecho del hombre a ser feliz. En Cnossos no había murallas, sino diosas de arcilla que exhibían el sexo inflamado.

Sin duda, *mister* Evans, el arqueólogo inglés que afloró estas piedras, era un tipo muy amable. Mandó a plantar pinos y construyó un túnel de bungavillas que dan una sombra violeta. Desde esa sombra admiro las columnas de color sangre con capiteles negros, algunos frescos con vírgenes oferentes y diversas escalinatas, y de pronto me viene a la memoria aquella mañana de primavera, cuando, estando yo en este mismo lugar, se desató una tormenta de carácter olímpico y comenzó a caer granizo entre relámpagos azules en forma de corona. Bajo la oscuridad de las nubes, todas las ruinas del palacio de Cnossos se cubrieron de hielo. Pero la tormenta cesó. Salió otra vez el sol, con gran vigor, y al iluminar el granizo, todo este laberinto brilló como un diamante y fui cegado por un momento, y de aquel esplendor todavía no me he recuperado. Ahora cantan las chicharras, y este valle de viñedo y cipreses, que antes era alvéolo de un río con barcazas llenas de sacerdotes, aún está a merced de mirlos y alondras.

Poco importa que no sea cierto. En Creta nació Zeus, aquí se uncieron los bueyes por primera vez, y en sus restos no se encuentran espadas, ni lanzas, ni bastiones, sino vasos rituales, joyas de oro, tablillas con signos misteriosos e imágenes de deportes sagrados, delfines, fiestas en los jardines, muchachas coronadas de guirnaldas, mancebos jugando al toro. Noventa ciudades había en Creta y ninguna tenía murallas, ya que su poder en el mar era absoluto, y eso permitía a aquellos seres desnudos bajo el sol adorar sólo a la diosa de la fertilidad. Minos era un rey legislador y su paz duró 1000 años.

Esta civilización que fecundó a Micenas, tal vez se constituye en un sueño de perfección. Aquí no existen los héroes de mármol. Todas las grandes batallas se libran en Creta dentro de una vasija de cristal de roca decorada con marfil dorado en el cuello y con un asa de perlas. He vuelto a admirar el sarcófago de Aguia Triada, con sus frescos de ceremonias funerarias;los pájaros azules y los acróbatas taurinos; los jóvenes minoicos de delgada cintura que portaban ritones en las procesiones de primavera; las abejas de oro libando una gota de miel; la famosa parisién sacerdotisa de la diosa de las serpientes; los toros, que eran el símbolo de la fecundidad de la Tierra. En efecto, esta gente parecía muy feliz. Estaba envuelta en perfumes agrestes y colores delicados. Trabajaba sobre materiales domésticos y cabalgaba delfines. Recibía la muerte como una coronación, después de navegar toda la vida en el tráfico de mercancías. Pero de repente todo terminó de forma abrupta. No lejos de Creta, una noche sonó un terrible zambombazo y las entrañas del Egeo se abrieron. El terremoto de Santorini levantó la mar 200 metros. Primero, el volcán cubrió de cenizas este palacio de Cnossos; a continuación llegó la lengua de agua. La civilización de Creta quedó aniquilada para siempre en sólo media hora. La felicidad se fue para abajo. Y desde entonces todavía está en la memoria.



MARIO LEVRERO

LA BANDA DEL CIEMPIES

9. El enmascarado misterioso



Cuando las autoridades permitieron que el mutilado embajador norteamericano en China se expresara mediante gestos, éste pudo acceder al manejo de un lápiz con su defectuosa mano derecha postiza, y necesitó varios días de práctica para poder escribir una detallada relación de los hechos y explicar que no podía hablar porque una palabra suya podría hacer estallar una bomba atómica que los chinos habían colocado en su caja craneana. Al enterarse el gobierno de toda la historia, trató de rastrear el origen de todo aquello y se encontró con la orden dada por el jefe Smithe Andrews de hacer una redada de chinos; de inmediato expidió contra éste una orden de captura, por traición a la patria. Al enterarse el gobierno de que Andrews había muerto y estaba enterrado, anuló la orden de captura pero organizó un acto público durante el cual se le dio de baja *post-morten* y además se repudió su memoria y se suprimió la pensión para su viuda y sus hijos. Esta última disposición también debió ser revocada al enterarse el gobierno de que la mujer y los hijos habían sido enterrados junto con Andrews.

Carmody Trailler, el genial detective privado, detenido en su vertiginosa carrera en salvamento de la pequeña vendedora de violetas por un embotellamiento del tránsito, intentó salir de allí abandonando su coche y corriendo hacia alguna calle despejada donde conseguir un taxi, pero una multitud de furiosos conductores atascados lo detuvo a golpes de puño y lo obligó a volver a su automóvil, pues si lo dejaba abandonado allí la congestión del tránsito se complicaría todavía más. "¡La niña!", repetía Carmody a los gritos, pero nadie quiso prestar atención a sus razones y fue devuelto al asiento de su coche, maltrecho y con la nariz y los labios sangrantes.

Cuando el jefe Andrews logró desatar por fin el paquetito que una figura misteriosa había colocado en su ataúd, encontró que en su interior había un pequeño taladro de mano. De inmediato se dio a la tarea de perforar la gruesa madera del catafalco, en un primer momento para recibir más oxígeno, confiando en la porosidad de la tierra que debía cubrirlo, y más tarde con idea de debilitar la madera al punto que le fuera posible romperla y salir en libertad. Andrews sabía que no era tarea fácil y que el elemento con que contaba no era tal vez el más indicado, pero no le quedaba otra alternativa; se dio a su trabajo con paciencia y dedicación, tratando de eliminar de su mente toda idea de premura y toda sombra de terror. Con los dientes apretados el jefe Andrews taladraba y taladraba, deteniéndose de tanto en tanto a descansar los músculos y para evitar un consumo de oxígeno demasiado acelerado; debía dar tiempo a su muy lenta renovación a través de los orificios ya abiertos.

Mientras John Adams reunía a toda prisa al pequeño y bien adiestrado ejército de colaboradores de Carmody Trailler y los instruía para la acción inmediata requerida por Angus McCoy, y Carmody Trailler se ponía muy lentamente en marcha para salir del embotellamiento hacia una calle perpendicular que, aunque lo alejara momentáneamente de su ruta, le permitiera de un modo u otro llegar a la casa de los secuestradores de la niña, en la casa de los secuestradores un siniestro personaje hacía su aparición en el cuarto donde yacía la niña desmayada y desnuda. Se trataba de un hombre enmascarado, alto y robusto, vestido con finas ropas de etiqueta. Al ver al oso, que en ese momento estaba ovillado dormitando sobre la bolsa de arpillera, exclamó:

—¿Qué haces aquí, maldito estúpido? —y le aplicó unos fuertes puntapiés que hicieron que el animal dejara escapar unos sollozos lastimeros y huyera corriendo de la pieza. Luego el hombre enmascarado se encaró con la niña, quien en ese momento salía de su desmayo y abría los ojos. Al ver al hombre, trató nuevamente de cubrir con los brazos la desnudez de su cuerpo. El enmascarado dejó escapar una horrible carcajada.

(*Próximo episodio: "Un muerto que resucita"*)

JUEGOS

ENIGMA LOGICO

Maratón

Deduzca qué número tenía cada atleta, el color de su remera y en qué puesto llegó.

1. **Los dos primeros tenían la misma inicial en sus nombres y la suma de sus números no superaba al de Pedro.**
2. **El cuarto tenía el número 41 y su remera era roja.**
3. **El de remera blanca no tenía un número terminado en 7.**
4. **Pablo, el de remera amarilla, llegó inmediatamente después que Mario.**
5. **La remera del ganador era celeste y su número era mayor que la suma de los de Pablo y Jorge.**

(Para resolver el enigma use el diagrama haciendo una marca para los aciertos y otra para las imposibilidades.)

		NUMERO					COLOR					PUESTO				
		10	17	29	41	67	Amarilla	Azul	Blanca	Celeste	Roja	1º	2º	3º	4º	5º
ATLETA	Jorge															
	Juan															
	Mario															
	Pablo															
	Pedro															
PUESTO	1º															
	2º															
	3º															
	4º															
	5º															
COLOR	Amarilla															
	Azul															
	Blanca															
	Celeste															
	Roja															

ATLETA	NUMERO	COLOR	PUESTO

SOPA REPARADORA

Encontrar las palabras en la sopa, dispuestas horizontal, vertical o diagonalmente, en uno u otro sentido. En este caso busque las siguientes palabras:

ALICATES
CLAVOS
COLA
CORCHO
CUCHILLA
DESTORNILLADOR
LEZNA
MARTILLO
MATACANTUS
MODELADOR
REGLA
SIERRA
TABLAS
TIJERAS
TORNILLO
TROQUEL
TUERCAS

A	C	S	A	C	T	O	R	N	I	L	L	O	M
N	L	P	L	R	U	T	D	L	M	A	F	G	A
Z	A	I	O	S	Q	C	T	E	O	L	D	S	T
E	V	G	C	O	R	C	H	O	D	A	P	S	A
L	O	N	U	A	T	P	S	I	E	R	R	A	C
L	S	T	R	I	T	A	T	E	L	U	R	R	A
I	U	Q	I	B	R	E	B	F	A	L	S	E	N
N	O	S	F	A	T	E	S	O	D	A	A	J	T
R	E	G	L	A	P	E	U	N	O	O	C	I	O
O	L	L	I	T	R	A	M	Q	R	S	R	T	S
T	A	B	L	A	S	I	N	T	O	R	E	I	F
S	C	O	T	R	O	Q	U	E	L	R	U	F	A
E	S	C	A	R	P	I	A	S	S	T	T	O	S
D	E	S	T	O	R	N	I	L	L	A	D	O	R

SOLUCIONES

ENIGMA LOGICO

1º, "Sin aliento", policial, fechas.
2º, "Tamboriles", aventuras, nombres.
3º, "Presupuestos", cine, estilo.
4º, "Directores", música, pistas.
5º, "Los premios", literatura, tipografía.

SOPA PERRUNA

B	T	I	N	O	S	C	A	U	R	I	M	O	G
N	E	I	C	A	B	D	O	B	E	R	M	A	N
G	R	I	F	O	N	E	N	L	S	Z	L	N	O
O	R	G	A	D	E	A	A	P	L	G	R	I	H
D	A	O	V	E	T	D	I	I	O	I	L	T	C
U	N	D	O	A	P	T	R	E	T	T	E	S	I
N	O	L	M	E	Z	L	E	B	R	E	L	A	B
S	V	L	L	G	R	O	B	E	L	G	R	M	A
E	A	U	H	A	U	H	I	H	C	N	S	B	A
D	D	B	C	H	R	I	S	A	B	U	E	S	O
O	C	H	I	U	E	A	M	I	N	U	N	C	I
O	S	A	B	U	B	E	L	R	E	F	A	R	A
N	E	R	O	D	A	F	G	A	N	O	D	E	M
A	Y	O	V	E	C	S	A	B	U	E	S	B	B